

NOTAS DE ARTE

LUIS CENTURION, HACEDOR DE IMAGENES

por

J. A. GARCÍA MARTÍNEZ

En la pintura argentina actual, Luis Centurión tiene una significación precisa. Ubicado en una posición muy personal, su obra se aparta por igual de los artistas de su generación —los que nacieron a la vida plástica entre 1938 y 1945— como de los mayores. Buscando coincidencias, hay que recurrir a las experiencias últimas. Muralismo, planismo, frontalismo, impersonalidad en los rostros y eliminación del detalle fisonómico. Todo esto hace posible el nexo entre la primera etapa de Centurión y los jóvenes de ahora. Esa obra es un hito para filiar los antecedentes de la nueva imagen plástica.

Hoy, la pintura se define por la imagen y, a su logro, confluyen los demás elementos. El oficio se subordina a ella. Y uno de los capítulos más importantes de la estética de nuestro tiempo es su caracterización.

El artista es un imaginero que siente a su alrededor la palpitación de las formas. En Centurión, forma e imagen son la misma cosa. Las relaciones son tan íntimas que se identifican.

Caracterología del imaginero

La pintura del imaginero representa la dimensión plástica y espiritual del hombre. El ser humano es imagen y forma

que, confundidas e identificadas, serán la medida existencial de su presencia en el mundo. De aquí surge una concepción estética donde lo bueno y lo bello son tales en función del carácter. El imaginero se vincula, así, a un expresionismo patético, por una parte, y llega por la otra a las cimas de la abstracción humanizada. Parte de una sensación, no de una idea preconcebida. Las cosas se le aparecen contundentes y expresivas y entra al mundo de la abstracción por el color.

En estos pintores, la concepción de la vida es realista y su filosofía o, si se quiere, su ideología es también realista con un sentido de humildad y de sometimiento al mundo que nos rodea. Aunque no crea en Dios, el imaginero es fundamentalmente religioso y, sino en Dios, por lo menos piensa en la naturaleza con espíritu franciscano. Es decir, llega a una formulación religiosa del naturalismo enderezada a exaltar la forma y la imagen del hombre. He aquí, pues, plásticamente presente al imaginero. Su sistema de conocimiento prolonga y completa la actitud espiritual que expresa con la frase de Santo Tomás: ver para creer, que no se refiere a un criterio empírico sino a una fundamentación trascendental del conocimiento y que, de hecho, funciona en estos artistas como su base gnoseológica y plástica.

Abstracción y Figuración

Luis Centurión evoluciona lentamente siguiendo las necesidades interiores de su propia obra. Busca la imagen pues, con ella, define al hombre y lo ubica en el mundo. Esa inquisición se da en dos etapas separadas, cronológicamente, por la estado del artista en París y se distingue por el tratamiento del color.

Hacia 1961, tres elementos definían la pintura de Centurión: a) la tendencia al esquematismo; b) la presencia de la abstracción sensible; y c) la pervivencia consciente de la

imagen. La naturaleza y la psicología aparecen, de este modo, en condiciones rigurosamente plásticas y sus resultados son evidentes en los elementos que conforman la obra del artista: color, dibujo, clima.

El pintor se maneja en grandes planos de color sensible que *pesan* creando ciertas tensiones espaciales. Estas actúan comprimiendo el dibujo y determinándolo como forma y calidad. En un caso, dan más fuerza a la línea. Como calidad, son directas y expresivas. El color busca la abstracción llevado por el imperio de factores plásticos puros. Y si su obra lleva la impronta de la abstracción, el artista no se deja vencer por la frialdad que lo amenaza cuando predominan los elementos abstractos. Acosado por la dinámica interna del cuadro, hace lineapié en la expresividad y en las cálidas resonancias humanas y figurativas que aparecen en todas sus obras.

Es necesario puntualizar el distingo. Centurión no es abstracto ni, tampoco, expresionista. Traduce el mundo del imaginero, que tiene mucho de abstracto y otro tanto de expresionista, pero no se queda en la sola forma y, menos, en el mero planteo técnico del cuadro.

El dibujo da el tono porque otorga, asimismo, motivo y pretexto para la obra. Si el color es calidad, el dibujo es expresión. Aquel actúa como forma y éste como atmósfera. Los valores plásticos son cromáticos y las relaciones de alusión, lineales. La síntesis se da en el encuentro de esos dos elementos. *Es un arabesco de color en un grafismo estético*. O, si se quiere, color y dibujo; dibujo y color. Estamos en el hontanar de la vida y en la arquitectura del mundo encarnada como religión plástica. La simbiosis se produce: quizá nadie haya logrado más con menos elementos en la pintura argentina actual.

Jorge Larco, con su avezada visión de pintor y de hombre que supo ver pintura, lo dijo al presentar una muestra de Centurión en 1957: "pintura que se distingue y luce por la gracia y la economía de la línea —pues su calidad más sin-

gular es la de dibujante—, por lo acertado y limpio de su colorido, de gamas inéditas; por una materia pulida y como esmaltada; por cierto dejo apenas entredicho, poético unas veces, otras un tanto humorístico, y especialmente porque detrás de su engañosa ingenuidad, puede claramente percibirse que es sabia y sensible y que sabe tocarnos el corazón con el sentimiento que desprende en apretadas síntesis de cabal armonía”.

Retratos, Naturaleza Muerta, Paisajismo

La obra de Centurión se desarrolla en tres grandes disciplinas: paisajes, naturalezas muertas y retratos. En cada una de ellas es válido el planteo general que vengo haciendo hasta ahora, pero cada una de ellas se realiza en términos propios y en un circuito cerrado.

Como dije antes, el pintor logra sus objetivos imaginísticos con el mínimo de recursos. Son años y años de experiencia pictórica apresados en un plano de color y dos o tres líneas.

Los paisajes de Centurión son muy importantes. El pintor se fijó como disciplina reflejar todos los ámbitos geográficos del país. Yo lo acompañé en algunas de sus andanzas y asistí a su asombrado descubrimiento de horizontes. Tucumán, Catamarca, La Rioja, San Juan, Misiones, etc., fueron otras tantas estancias de esa gnosis. Centurión me hablaba entonces de su deuda con el país y la necesidad de reflejar en sus telas el habitat argentino. Yo me planteaba los problemas de una posible estética del retorno a la tierra, algunos de cuyos aspectos refleja cabalmente la obra del pintor.

Esa vuelta a la tierra, tal cual aparece en la obra de Centurión, presenta por ahora dos características decidoras: a) el posible planteo de un arte nacional capitalizando los elementos terrígenos y de influencia ambiental que pueden definir al hombre argentino; y b) la expresión concreta del paisaje como habitat humano.

La naturaleza muerta es otra de las constantes temáticas. Allí, la línea parece contener el color y cualquier planteo plástico se resuelve siempre en función del equilibrio. El cromatismo es luz. Una luz calmada por el dibujo y donde el grafismo aplaca sus movimientos. El rigor dibujístico, por lo demás, actúa a manera de dique creando esencias formales muy decantadas y sobrias: conjuntos de elementos sensibles donde uno o dos aparecen en grandes planos de color. Es el viejo bodegón estilizado y esquematizado que muestra a las cosas en su pura esencia plástica. Color y dibujo y nada más.

El retrato señala en la obra de Centurión uno de sus mejores momentos. Naturaleza y psicología se identifican para proporcionar una imagen viviente y veraz del que posa. El pintor se ha encontrado a sí mismo. Los retratos son una formidable síntesis de su pintura y a ellos debemos recurrir para definir, en su instancia suprema, la obra de Centurión. Representan la quintaesencia de su pintura y, como en los grandes pintores orientales (el simil es de Manuel Mujica Láinez), pone de relieve su conocimiento plástico y, también, una sabiduría intuitiva que lo aproxima a las dimensiones profundas del hombre.

Hacia el Color

La estada de Centurión en París dura cinco años. Cuando regresa, sus cuadros están cargados de color. Y si antes el cromatismo adquiría calidez de esmalte e imponía al cuadro una especie de fondo planimétrico que podría tener el mismo sentido del color en la pintura de David, ahora participa directamente en la vida del cuadro creando otra sensibilidad y dándole un sabor dramático que anteriormente no tenía.

La pintura actual de Centurión conserva las características de antes pero la imagen se enriqueció en valores que lo acercan a ciertos fauves (Dufy y Vlaminck, por ejemplo).

Consecuentemente, el dibujo se vitalizó y ganó en intensidad: se hizo más expresivo. Parece menos *ingenuo* y las conexiones con la pintura naïf son menos evidentes, también. La naturaleza recupera su carácter mágico y la riqueza cromática completa el esquematismo de ayer. A veces, se incluye su obra en las corrientes llamadas *ingenuas*, lo cual es un error. Si puede ubicárselo en alguna corriente (ya dije al principio que se trata de una pintura muy personal), ella es la del realismo mágico donde también se incluye a los viejos imagineros.

Tal situación se hizo más evidente cuando el pintor encaró los temas del tango. Allí, los interiores (ambientados por el color y el movimiento) se traspasaron en pura expresividad. La música hace oír su silenciosa presencia en una sugestiva síntesis de cromatismo e imagen.